

La casa altoaragonesa

POR

JUAN MANUEL NADAL REIMAT

La casa histórica altoaragonesa tiene un peculiar carácter que la convierte en género. Un “paseo” por la red que conforman estas casas en la extensa provincia pone de manifiesto el parentesco evidente de su arquitectura, pero, sobre todo, el de su naturaleza íntima. Estas casas son testimonio actual de aquella unidad de personas, bienes e historia que trascendía la mera condición de inmueble.

La visión más personal del caserón sobre el río Cinca nos acerca a la casa como ser dotado de vida propia, cuya columna vertebral o, quizás, cuya alma es la enorme chimenea conservada durante cuatro siglos sin alteración ninguna. El estrecho vínculo con una de estas casas, para quien lo tiene y entiende, marca también la propia forma de ser.

The historical High Aragonese house has a peculiar nature that converts it into genre. A “walk” through the network that these houses form in the far-reaching province show the obvious similarity of their architecture, but, above all, the similarity of their intimate nature. These houses are a present-day testimony of that unit of people, assets and history that go beyond the mere condition of real estate.

The most personal vision of the hamlet over the Cinca River shows us the house as a being that has its own life, whose backbone or soul, maybe, is the enormous chimney stack preserved unaltered for four centuries. The close bond with one of these houses, for whoever owns it and understands it, also marks the actual way of being.

Las casas no merecen una especial consideración hasta que trascienden su condición de inmueble y consiguen elevarse hasta ser un ente con carácter y personalidad diferenciada. Cuando eso no ocurre pueden resultar muy encomiables, ser muy confortables y hasta lujosas; pueden llegar a ser hasta un compendio de la mejor arquitectura, pero no representan más que un accidente artificial fijado sobre la tierra. Las que aquí interesan son aquellas donde uno entra en un mundo completo, cerrado y permanente, donde ha vivido gente de épocas bien distintas, aquellas que han albergado las alegrías y las tristezas de una sucesión familiar en la que han influido de forma esencial. Hoy estas casas ya solo abundan en el mundo rural y son las que no se pueden ceñir a las paredes que las cierran, son una fusión de personas y tierras, de amores y de intereses, son la consecuencia de muchos años de lento hacer.

Esta extraña conjunción es fácil de entender para los que, de una manera u otra, han formado parte de una de ellas, han sido un eslabón más en la larga cadena necesaria para que adquieran su carácter; más difícil, quizás, resulte para quienes no lo hayan vivido en primera persona. Si ese es el espíritu general, en pocos sitios seguramente lo encontraremos de forma más pura y más rotunda que en las casas con historia del Alto Aragón. La provincia de Huesca y la que ha sido su característica forma de vida no pueden ser bien comprendidas sin tener muy presente lo que supuso

esa idea de la casa como elemento permanente y que trasciende a sus propios moradores. Estos eran conscientes de su subordinación meramente temporal al todo, que era la pervivencia de la casa, a la que todos y todo se subordinaba. Con ello se tejió una extensa red, que alcanzaba buena parte de las tierras altoaragonesas, compuesta por casas sólidas, dotadas de fuerte personalidad y que eran puntos de referencia de los pueblos que las albergaban.

Durante siglos y hasta ayer, Huesca ha vivido del campo y para el campo, sin embargo, a diferencia de otras zonas, raro es el caso de que una buena casa se forjase en el mismo campo. Es en los pueblos, en muchos de los pueblos de la provincia donde se fueron aposentando los caserones que tan buena parte de la fisonomía urbana rural han configurado. El punto de arranque deberíamos situarlo en el siglo XVI; ahí empieza lo que con mucho optimismo podríamos llamar *la explotación empresarial de la tierra*, la cual, como es sabido, estaba repartida con notoria desigualdad. El cultivo algo más intenso adineró un tanto a los agricultores, siendo después su empeño, los casamientos e, incluso, la política los encargados de agrandar y afianzar los patrimonios. Comenzaba una forma de entender la vida donde cobraba valor absoluto la fijación y la lealtad a la casa, la cual se convertía en la columna vertebral de la familia. Toda la actividad se dedicaba al sustento y engrandecimiento de la casa y de sus sucesivos ocupantes. Por fin, la producción adquiría un sentido más allá de la mera subsistencia y se tomaba conciencia de la importancia del lento y persistente quehacer de cada generación a favor no solo de la siguiente, sino de las ulteriores.

En sentido contrario tenía lugar el desmembramiento de los señoríos que acababan definitivamente con el régimen feudal. Enormes extensiones de tierra, atribuidas por privilegios reales a una sola mano, se fragmentaban a veces en considerables patrimonios creadores de una nueva forma de entender la tierra. El último aldabonazo vino dado por las desamortizaciones de Mendizábal y de Madoz, las cuales consiguieron su primer objetivo, disminuir el omnímodo poder de la Iglesia, pero no el segundo, en teoría, que era facilitar el acceso a la propiedad a la población rural. Los compradores de los bienes desamortizados fueron gente ya adinerada que se convirtieron, así, en grandes propietarios, cuando no se trataba simplemente de agrandar su patrimonio agrario previo.

En esta convergencia de agricultores que se adineraban con nobles capaces de adaptarse se fue consolidando, como en otras zonas, una larga serie de casonas en el Alto Aragón que a finales del siglo XIX se extendía por todo su territorio, siendo este el momento en que, por así decirlo, había más en vida. Raro era el pueblo, por pequeño que fuera, que no contara con algún ejemplar de esos firmes caserones. El siglo XX trajo una horrible guerra civil que supuso la destrucción o, cuando menos, el vaciamiento de muchas de esas casas que destacaban demasiado en un periodo tan convulso. Lo peor, con todo, fue la siega de muchas de las familias pacientemente for-

madras a su alrededor. Se perdieron las personas y se estropearon las piedras, y no todo se puede recomponer.

Pasada la espantosa peripecia bélica, comenzó un intenso fenómeno de abandono del medio rural a favor de la creciente concentración en las ciudades, lo que remató el dañado patrimonio de la buena arquitectura rural. A mediados de siglo muy pocas eran ya las casas que seguían con vida plena. Algunas tenían una cierta ocupación estacional y otras se abandonaron o dividieron perdiendo definitivamente su anterior carácter.

A pesar de esta pesimista relación, la fuerza de la casa altoaragonesa sobrevive con elocuente evidencia. Como si de una reparación histórica se tratara, el dinero de la ciudad está volviendo a las viejas paredes rurales. El gusto por lo antiguo, por una cierta calma y, sobre todo, por el espacio se está imponiendo después de una época en que imperó la aglomeración. Es bien sabido que cualquier objeto prosaico puede convertirse en moda con el suficiente paso del tiempo. Lo mismo ocurre cuando ahora se imita, aunque sea a ratos, la vida lenta que antes transcurría de forma permanente en aquellas casonas.

Todas las casas, sin excepción, tienen nombre, aunque muchas veces lo que no tengan sea dirección. El nombre es su primer signo de personalidad propia, se trata del nombre de la casa que siempre sobrevive al de sus titulares. El cambio de denominación acontece con poca frecuencia y, en cualquier caso, es muy lento. No importa que ese nombre ya no sea el primer apellido de los propietarios desde hace mucho tiempo con tal de que esté efectivamente enraizado. Las generaciones, con uno u otro apellido, se van amontonando en la casa, pues resulta bien cierto que ahí nadie se muere del todo. La convivencia entre vivos y muertos es la confirmación contundente del principio que asegura que es en la gran urbe donde uno muere absolutamente. La vida rápida y mezquinamente complicada arrasa en días la memoria de los ausentes. Entre las viejas paredes de las casonas rodeadas de silencio y lentitud los que ya las abandonaron siguen entre los que ahora las ocupan, se habla de ellos con naturalidad y acaban siendo bien conocidos incluso por quienes no llegaron a tratarles. Se usan los mismos muebles, se hacen cosas muy similares, la vida de la casa mantiene una cierta coherencia y con ello retiene dentro a los ausentes con bastante naturalidad. El dar los mismos pasos en las mismas habitaciones paradas en el tiempo nos une invisiblemente con aquellos otros que nos precedieron y de los que acabamos adivinando sus más escondidos rasgos.

Pero esas casas no solo amontonan a las personas de hoy con las de ayer, sino que ya en su día siempre albergaron una notable cantidad de gente, bien de forma permanente o esporádica. Hoy en la casa urbana convencional vive muy poca gente, y siempre se trata de la más directa y concisa unidad familiar. Ni el espacio ni la forma de vida ni siquiera la limitación de los afectos permiten otra cosa. Allí, en la vieja casa, la gente se iba quedando adherida por causas bien diversas. Parientes de

todo grado, servicio y algunos en los que no quedaba claro si eran una u otra cosa pertenecían a la casa de forma vitalicia. Llegaba un momento en el que nadie sabía muy bien por qué aquella tía lejana y más bien extraña disponía de su alcoba hasta el final de sus días ni por qué aquel trabajador cuya inactividad era indiscutible a causa de “algo parecido a una enfermedad” seguía allí, pero eso era parte del amplio cobijo protector que la casa suponía. Todo el mundo tenía una razón de ser y estar, y, si no, tampoco pasaba nada. Estaban también aquellas personas satélites que diariamente acudían a la casa con bien diversos cometidos o sin ningún cometido. Esas visitas podían suponer prácticamente todo el día o solo un rato, pero, en cualquier caso, formaban parte del ritual de vida de la casa y del propio visitante. Y el último capítulo lo formaban quienes se instalaban por un tiempo haciendo uso de un parentesco casi siempre lejano o de una amistad más cercana, cosa que venía reforzada por la muy larga duración de los viajes, unida a la inexistencia de hoteles. Todo eso formaba un universo en cuyo centro estaba ese ente inmaterial y permanente que era la casa.

EL HEREDERO

Mal podría entenderse la historia de estas casas hechas con años y concebidas para siglos si no tenemos muy presente lo que ha supuesto el rígido mayorazgo aragonés. Ahora se considera nefasta y discriminatoria la figura de un heredero que se sobreponga al resto de los hermanos y tal crítica tiene toda lógica y razón. Pero, cuando tal ataque se pretende retrotraer en el tiempo, solo puede basarse en el absoluto desconocimiento de lo que suponía esa unión de lo material y de lo inmaterial que era la casa. Era esta, efectivamente, una edificación que para el actual y superficial observador ahí se queda. Ocurre que esta somera impresión olvida que dicha casa se componía de estancias para vivir y de dependencias para las labores en las que convivían personas, muchas personas, animales, muebles y tierras, además de trabajadores que concentraban toda su vida en ella; era un complejo compendio de derechos, sí, pero también de obligaciones y cargas. Todo ese particular tinglado, además, era titulado y dirigido por una persona que normalmente estaba condenada a morir a una edad que hoy parece joven. ¿Cómo dejar entonces aquel mundo lleno de niños y ancianos, de años buenos y malos, aquella absoluta unidad sin una mano rectora que lo mantuviera a flote?

Al heredero se destinaban casa y tierras, pero con ellas, indisolublemente unidos, venían hermanos que debían estudiar, hermanas que habría que casar y dotar, o mejor, dotar para casar, mayorales, sirvientes, mozos y mozalbetes que formaban parte de la casa con igual intensidad que la familia, algún tío mayor y enfermo y sin duda aquella tía de grado más o menos cercano que a veces aún sacaba a relucir al pretendiente con el que no se casó. Y todo ello debía ser mantenido con las cosechas nunca garantizadas de un campo seco y duro y con las matanzas de los pocos animales que llegaban con salud a su sacrificado destino. No era, pues, ni tan criticable ni tan envi-

diable la condición de heredero. Al final no era este más que un forzado eslabón para mantener la sólida firmeza de la cadena, era el simple y necesario tránsito de una generación a la otra, que estaba moralmente obligado a entregar la antorcha con igual o mayor brillo que tenía cuando la recibió. Vista así, y es así como debe verse, la institución tenía la lógica que casi siempre tienen los números. La tierra daba para aguantar la casa, y esta era precisa para mantener aquella. No cabían sucesivas particiones que solo podían conducir a la segura volatilización de lo partido.

PASEO POR LAS CASAS DEL ALTO ARAGÓN

Recorrer sin prisa el Alto Aragón es una actividad recomendable que nos permitirá comprobar, a poca atención que se preste, como aquí aún suena el eco de esa vida completa y suficiente que hasta hace bien poco encerraban sus casas, y como estos caserones, con todas sus diversidades físicas, tienen una evidente alma común.

La provincia de Huesca es grande, de las más grandes de España, y bastante alargada de norte a sur, lo que la hace diversa e incluso contradictoria. Desde las cumbres más altas de todo el Pirineo baja a las estribaciones o somontanos, acoge después a las enormes planas de regadío, también las más extensas del país, para acabar al sur en el paisaje estremecedor de los Monegros. El intenso verde surcado por riachuelos de aguas heladas de su mitad superior es seguido por una franja central más suave y de tonos algo más severos, capitaneada por la sierra de Guara. A sus pies vuelve el verdor, esta vez artificial, de los grandes regadíos que tímidamente intentan penetrar cada vez más en la mancha gris monegrina. Son contrastes quizás más propios de un país que del simple marco de una sola provincia, lo que convierte a esta en una de las más difíciles de conocer a conciencia.

La acusada diversidad de altitudes y paisajes comporta, como no podía ser de otra manera, que a sus gentes algo ciertamente las una, pero que mucho las diferencie. Lo mismo ocurre con las casas que nacían rodeadas de paisajes, climas y ambientes tan dispares. No puede, o mejor, no podría exigirse homogeneidad alguna entre la casa que encontramos en los últimos y recónditos valles de Ansó o Echo y la que sienta al lado de la iglesia en cualquier pueblo de un llano 200 kilómetros más abajo. Sin embargo, bastará poner una cierta atención y, sobre todo, pensar en las casas propias de otras zonas, aunque sean estas próximas, para encontrar rasgos comunes y, a su vez, diferenciadores para con el resto. Con independencia de que la construcción esté vestida con piedras multiformes y rodeada de prados en la montaña, sea el ladrillo rojo sobre la piedra de sillería lo que la distinga o esté hecha de adobe con esquina-zos, más abajo, una parecida severidad y el seguimiento de las mismas formas nos harán saber que todas ellas pertenecen a lo mismo: a un país y a unos hombres alejados del estrambote, con pocas concesiones a lo innecesario y que han hecho de lo recio una forma de ser y de vivir.

La casona pirenaica es, en cierto modo, la madre de todas las demás. Huesca es, junto con la vecina Lérida, la provincia del Pirineo por excelencia. Son estas altas montañas las que mejor la identifican, impregnándola con su fuerte carácter. Como bien dijo Pío Baroja, los franceses se quedaron con el lado amable y sonriente de la cordillera, y dejaron para acá el abrupto y severo, y deberíamos añadir, por cierto, que de haberse sabido entonces lo que sería el turismo de nieve el lado de acá sería también de los de allá. Aquí, en efecto, los Pirineos van en serio: las nieves los ocupan buena parte del año y, con nieve o sin ella, hay todavía muchos sitios donde el acceso es infernal. La casa es producto de las duras condiciones que la envolvían y está pensada para albergar una vida con largos periodos de autosuficiencia; no puede ser coqueta, como las que a poca distancia se pueden encontrar en el amable lado francés, ni ligera, como los muy lejanos cortijos andaluces; aquí la casa también debe ir en serio.

La fisonomía de esta casona no se ha quedado encerrada por las montañas, ni siquiera se ha detenido en sus faldas, sino que alcanza la parte del llano como si bajase con las aguas que allí nacen. No hay que olvidar, además, que no solo las aguas bajan, también lo hacen los hombres. Desde hace mucho tiempo ha sido continuo el abandono por muchos montañeses de sus escarpadas tierras para instalarse en un campo, aunque duro, de mejor trato. No hay más que echar un vistazo a los apellidos más comunes en la provincia oscense para comprobar de dónde proceden su mayor parte. Y con los hombres bajaba su recia forma de ser y su idea acerca de lo que una casa consiste.

Por eso la chimenea que resalta en la mitad de los tejados de pizarra montañeses puede ser melliza, cuando no gemela, de la que sobresale de las tejas del llano; es la misma imagen de esa enorme seta que parece aspirar a ser el asa por la que podría levantar la casa entera. Por eso debajo de ellas los hogares tienen parecida composición en uno y otro caso. Por eso, en fin, la sensación que produce la entrada en el patio empedrado de la casa del Pirineo oscense es similar a la que podemos sentir en cualquier zaguán del resto de la provincia, siendo en cambio bien diferente lo que nos sucede en la estrecha entrada de una casa aranesa, concebida con una verticalidad abigarrada, o en la masía de las montañas leridanas o gerundenses. El valle de Benasque es el más oriental de la provincia, por lo que linda ya con tierras aranesas, y, sin embargo, es mucho más notable la diferencia entre las casas de uno y otro lado que la que pueda existir con la de otros lugares de Huesca. Anciles, el minúsculo pueblo vecino de Benasque, que llama la atención por su ramillete de casonas bien conservadas, es un buen ejemplo de ello. En cuanto se entra en cualquiera de ellas nos recibe un patio zaguán con el suelo empedrado y con la escalera, amplia y suave, que arranca desde alguno de sus ángulos. Ya es ahí donde tenemos la sensación de encontrarnos en una casa oscense, por encima de que sea una casa de montaña como pueda serlo la de otros parajes del mismo Pirineo. Se nos aparece la personalidad propia de una casa que se asentó en toda la provincia a pesar de lo diferente de sus tierras. Ha pasado más el paisanaje provincial que la común pertenencia pirenaica.

En realidad no cabe hablar de la casa del Pirineo como tal, y sí podemos, en cambio, admitir como una categoría cierta y propia la de la casa de Huesca o, mejor aún, del Alto Aragón. Tampoco es real, por otra parte, reconocer la casa aragonesa como único género diferenciado, aunque no puede negarse que hay un cierto tipo de construcción que sí podemos encontrar en cualquier rincón aragonés. Por así decirlo, hay efectivamente ejemplos en el Alto Aragón de casa aragonesa, pero las que lo definen son aquellas otras, muchas más, que tienen la marca profunda de esta tierra y rasgos bien distintos a los de las otras provincias aragonesas, lo que no supone, claro está, que sean mejores o peores. Recorrer las calles de Mirambel y de La Iglesuela del Cid en el Maestrazgo de Teruel es de lo mejor que puede hacer quien guste de la muy buena y bien mantenida arquitectura rural, como también puede hacerlo en los pueblos del Matarraña o de las Cinco Villas zaragozanas. En cualquier caso, a quien sepa mirar de verdad a una casa no le costará fantasear sobre quiénes fueron sus moradores, sobre cómo funcionaba la vida allí, y se comprende bien entonces qué poco parentesco guardan entre sí, como poco es el que mantienen con la casa altoaragonesa.

No hay uniformidad, pero sí un parentesco que se adivina entre todas las casas que pueblan toda la provincia. La casa Chispa o Samartín en Anciles y la casa Juste de Benasque son magníficos ejemplares del buen sello que define la región. En el Pirineo, además del de Benasque, todos los valles tienen gran interés y albergan caserones con auténtica personalidad de donde surgen las enormes chimeneas que después se han repetido en toda la provincia. En Berdún, pueblo vecino de Jaca, elevado sobre los mejores secanos, destaca la casa Lacadena, literalmente colgada sobre la canal del mismo nombre. En todas ellas coincide la robustez pirenaica con una clara fisonomía oscense, fisonomía sometida a una gran diversidad. En ocasiones la casa excede su carácter agrario para adoptar un aire palaciego, como ocurre en los voluminosos caserones de Fonzo o en la vecina Estadilla, donde a la casa Abad Lasierra, hoy Cabrera, siempre se le ha llamado *el Palacio*, aunque no por ello se alejan del carácter común que se extiende por toda la provincia. También en el Somontano, en Barbuñales, la casa de los Azara mantiene su indisoluble unión con la iglesia parroquial, teniendo algunas estancias con enormes ventanales sobre su interior. Podemos seguir hasta el extremo de la provincia en la sierra monegrina de Alcubierre para encontrarnos con los diez balcones alineados de la casa Ruata, y siempre saldrá el más o menos escondido rasgo que hermanará una casa con otra.

Dependiendo de épocas, volúmenes y concretas ubicaciones la casa altoaragonesa tiene algunos rasgos comunes. La fachada puede ser de piedra, ladrillo o adobe pero siempre culmina en el alero de madera del tejado. El arco de medio punto en la entrada ampara a la puerta de madera recia que puede abrirse solo en parte para el paso de personas o en toda su superficie para los carruajes o caballos. La puerta en la fachada es siempre única y centrada. El arco de medio punto se empezó a utilizar en el siglo XVI, manteniéndose por tres centurias más su utilización. El arco, práctico en la construcción, le da suavidad y coherencia a la fachada, siendo las dovelas con

su tamaño las que le dan distinción. El aspecto exterior de la buena casa altoaragonesa es serio, sereno, con pocas concesiones a la filigrana. Las cosas están porque han de estar, como ocurría con las gentes que las habitaban, que, como acertadamente se dice ahí, eran con fundamento. Son escasas las concesiones a lo ampuloso, porque no fue una zona que destacara por su riqueza y tampoco su carácter conciliaba con desmesuras. Aquí no puede uno toparse con el acastillado pazo gallego, ni con la filigrana de la casa cántabra del indiano; quizás tampoco el paisaje lo admitiría. La casa oscense está proporcionada a su entorno porque viene de la tierra que la hace nacer y mantenerse en pie.

En la puerta trasera, insertada en el marco que suele cerrar el patio, se encuentra la llamada *puerta falsa*, la cual es de grandes proporciones para dejar paso a todo lo necesario para las labores. Era una puerta de trabajo. Dentro del recinto con sus dos accesos se encuentra la casa propiamente dicha, las cuadras, graneros, patios, bodega, paridera, leñera, desvanes y, en definitiva, todo lo preciso para albergar aquella indisoluble conjunción de personas, familias, aparejos y animales que conformaban la casa.

La puerta principal nos introduce en el zaguán, patio con el suelo de piedra del que parte la escalera y que normalmente conecta con las dependencias de la planta baja, tales como cuadras y graneros, y también con la bodega del sótano. Es aquí, sobre las piedras del zaguán, donde ya sentimos la primera y más definitiva impresión de la casa que nos espera. Ese patio, siempre fresco, cuando no frío, acostumbra ya a la oscuridad que envuelve buena parte de la casa. Estas casas, nacidas en clima severo, hacen poco hueco a la luminosidad; la penumbra es su ambiente natural y no acaba de desaparecer hasta que el sol puede andar a sus anchas por las galerías posteriores, normalmente las mejor orientadas.

La escalera, auténtica espina dorsal del edificio, tiene a los pocos peldaños o a la altura del primer piso la gran puerta del zaguán que protege la casa más del frío que de los intrusos, sirviendo también de relativa frontera entre la vivienda y el resto. El primer piso alberga la cocina, comedores, despensa, alguna habitación y el hogar, sobre todo el hogar. Este es una prolongación de la cocina y es la pieza esencial y que más carácter confiere a estas casas. El hogar es la base de una chimenea que puede ser de gran tamaño, siendo la más destacada la que alcanza la totalidad del techo de la estancia, de tal forma que se vive dentro de ella sin más techo que la propia campana. A los lados, escoltando al fuego, están las *cadieras*, los célebres bancos de madera, que en muchas ocasiones tienen la mesa replegada en el respaldo. Y en el centro, el fuego, esa montaña amarilla que obsesiona a la mirada y atrae a los cuerpos con su contundente calor. En las largas tardes de invierno la vida transcurre lenta alrededor de las leñas ardiendo bajo la olla suspendida que recogen las fijas miradas. Allí se pasa revista a la jornada, se trata con pastores, se instruye a los mozos y se explican una y otra vez las mismas pequeñas historias, mientras la prolongación de

la chimenea hasta sobresalir del tejado tiene el buscado efecto de caldear las estancias que la utilizan como pared.

En la misma primera planta, aunque en muchas ocasiones a distinto nivel que las anteriores dependencias por la normal existencia de entreplantas, se encuentra el salón principal casi siempre con la sillería alineada contra las paredes. Esta sala, vista hoy, no parece que este destinada al uso del hombre, pero debe pensarse que el concepto de la comodidad, la cultura del sofá y mucha televisión es de ayer mismo. El mueble durante mucho tiempo no estuvo concebido para el adormilamiento de las personas. El salón o salones tienen sus balcones a la fachada principal, siendo siempre pequeños en relación con la superficie a iluminar, lo que mantiene la penumbra habitual en toda la casa. En la misma planta se sitúan las alcobas principales, frecuentemente sin salida al exterior. Las grandes camas de hierro se alternan con las de madera, escoltadas por armarios muy altos y grandes por fuera y asombrosamente pequeños por dentro, costando mucho entender dónde se queda la diferencia.

La segunda planta, en caso de estar habilitada, se destina a más dormitorios y a alguna dependencia de servicio, y se remata la casa con desvanes y graneros que ocupan todo el piso bajo cubierta.

Todo este conjunto, en las casas destacadas, supera con facilidad el millar de metros cuadrados, superficie que no se aprecia con facilidad dado el normal enrevesamiento de la distribución y los vericuetos que se han ido formando por el débil aprovechamiento de un espacio que no se acababa nunca de consumir. Son casas y espacios que cuesta comprender, pues se basan en una lógica distinta a la actual o, a veces, en ninguna lógica.

La casa altoaragonesa, víctima de distintos males deparados por la historia, ha conseguido sobrevivir en una proporción discreta, pero que aún supone un patrimonio digno de proteger y mejorar. Algunas, no demasiadas, de las familias propietarias han seguido manteniendo los caserones, aunque ya no sean su vivienda habitual. En otros casos han sido los compradores, que ahora se incrementan, quienes se han encargado de mantener en pie las viejas edificaciones.

POMAR

Pomar de Cinca recoge a su medio millar de habitantes entre el promontorio donde estuviera el castillo y el río Cinca, que aquí tiene un cauce de llamativa anchura, con varios y cambiantes brazos y frondosamente ocupado por una chopera que pasa por ser la mayor de Europa. Pomar está quieto y, si algún rato se mueve, lo hace muy lento. Hasta la carretera que lo atraviesa, que discurre entre cuatro pronunciadas curvas, obliga a los pocos vehículos que la transitan a circular a paso humano y con bastante dificultad. A la hendidura entre dos montes le surca la *clamor*, que vierte sus

pocas aguas en el Cinca. Pero hoy las aguas que son en verdad importantes son las que, bajando desde el embalse de El Grado, riegan la totalidad de la tierra de cultivo del término. Las más de cuatro mil hectáreas de monte están puestas en regadío ahora, uniéndose a las viejas huertas de la vega que siempre lo estuvieron.

La vida en Pomar transcurre despacio, asombrosamente despacio. Josep Pla definió como paz densa y bovina la existente en Bruselas, mientras que la que aquí reina no reúne ninguna de esas características: es una paz simple, casi vacía, más ovina que bovina. Pocos son los ruidos que compiten con el repicar de las campanas de la iglesia que no dejan ningún cuarto por tocar. Bajo el campanario, en la iglesia del siglo XVI, huérfana de retablo desde la Guerra Civil, tenemos nuestro altar y sitial; el primero, del lado del Evangelio, presidido por san Blas. Impresionaba escuchar desde ahí, de muy pequeño, los gritos, bramidos más bien, del colérico y pintoresco mosén Nicolás, que lanzaba sus cargas contra las más diversas cosas: las mujeres pintarrajeadas y que fumaban, los hombres blasfemos, los niños que se movían o reían demasiado, casi nadie se salvaba. En un tiempo en que se dieron tres o cuatro suicidios enlazados por el frecuente mimetismo del fenómeno, sus palabras tronaban desde el púlpito: “Hay que acabar con esta ristra de desgracias que nos convierten en un pueblo endemoniado. Al próximo que se suicide no le daré la extremaunción. ¡Y después que no me venga con reclamaciones!”.

Pomar hace honor a su apellido, de Cinca, estando y viviendo sobre las aguas de este río que bajan desde el propio Parque Nacional de Ordesa, aguas pirenaicas que aquí llegan extendidas y mansas. Una decena de kilómetros aguas arriba el río baña las huertas de Monzón, antigua sede de las Cortes y capital comarcal. A pesar de ello, es hoy Barbastro, la también próxima ciudad, la que nos atrae más para su uso cotidiano y nos hace de efectiva capital. Ahí es donde vale la pena acudir al mediodía a la tienda de comestibles situada en la céntrica calle peatonal en la que la familia Mur al completo, trabajadores y sonrientes, reciben alegremente a todos los compradores de la zona, junto a los más diversos visitantes, y donde no es extraño acabar tomando el aperitivo al lado de los mostradores repletos de un sinfín de productos del Somontano y aledaños: quesos de Radiquero, almendras de Pozán, longanizas de Graus, setas de la Cunarda, chocolates de Benabarre, anís de Colungo y vinos del Somontano abarrotan la tienda, mientras que abajo dan muy bien de cenar en la bodega que antes fuera el obrador de la familia del fundador del Opus Dei, Escrivá de Balaguer.

CASA REIMAT

Al fondo, muy dentro del pueblo, de tan adentro ya casi fuera de él, hay una casa grande y, paradójicamente, difícil de ver, que desde hace mucho se llama casa Reimat. Está casi encima del cauce del río, justo a la vera de donde Pedro el Grande, hijo legítimo de Jaime I el Conquistador, hiciera ahogar a Ferrán Sánchez, hijo bastardo de

este, allá por el año 1275. A Pomar le ahogaron a su señor en sus propias aguas, las mismas aguas arremolinadas que siglos después arrastraban los cientos de cadáveres de carlistas abatidos frente a Estada. No hace aún mucho los remolinos daban algún que otro disgusto cada año cuando llegaban los primeros calores. Hoy el Cinca es solo un río amable rodeado de huertas verdes que olvida sus antiguas y negras leyendas.

Por delante la casa tiene a la estrecha calle de La Peña, que asciende desde la iglesia. La fachada alargada no tiene gran altura en ese frente, sobre todo por haber sido elevado el asfaltado de la calle. Tiene la fisonomía típica de la característica casa del vecino Somontano, con dinteles y esquinazos, alero y arco de medio punto con dovelas. A través de este se accede al patio o *zaguán*, como aquí se llama, cuyo suelo es la propia piedra de la peña sobre la que está construida y que es su único cimiento. Quizás sean esos viejos y grandes trozos de peña, sin disimulo ni disfraz alguno, los que, junto con el intacto hogar, den mayor autenticidad al conjunto. Como ese par de rasgos que muchas veces retratan a los de una misma familia, aquí el patio y el hogar sitúan a la casa con rotundidad en esa familia grande y extensa que es la casa altoaragonesa.

Desde el zaguán arranca la escalera que, a los pocos peldaños, tiene una puerta grande que cierra la casa o, mejor dicho, la parte de la casa realmente destinada a vivienda. Esta puerta, antes frontera entre la casa para vivir y todo lo demás, es una constante en todas las casas de estas tierras. En cierta modo aquella especial forma de entender la casa como trozo autónomo del mundo, como unidad de vida y trabajo, acoge como una dependencia más a la vivienda. Desde el patio se accede a una estancia grande —hoy convertida en sala de juegos— destinada a las tinajas de miel y de aceite, donde aún se conservan buena parte de ellas y algún depósito excavado en el suelo, y también al llamado *cuarto de la reja*, el más fresco de la casa, refugio seguro para las horas más calurosas en el verano. Debajo de la escalera otra puerta escondida unos empinados escalones que descienden a la bodega abovedada que también aprovecha la roca, formando frescos recovecos. La misma roca del patio se inclina hacia la puerta de doble hoja por la que se entra en las cuadras que enlazan con el patio que fuera corral y hoy, más o menos, jardín.

El desnivel del solar provoca que la casa sea de medias plantas. En la primera de estas se encuentra la cocina junto a la pieza más esencial, antigua y característica de la casa: el hogar. Se mantiene este en su primitivo estado, con probable origen de finales del siglo XVI. Tiene el hierro en el centro custodiado por una *cadiera* a cada lado. Desde una de ellas, a través de un diminuto ventanuco, puede verse la puerta de entrada de la casa para comprobar quién viene sin necesidad de alejarse de la lumbre, cosa muy de agradecer en las largas tardes invernales. Una tabla que puede ser descolgada de la pared apoyando su pie sobre una de las *cadieras* hace de mesa donde comer, mientras que de la viga que atraviesa la campana cuelga la enorme olla sobre el fuego, lo que convierte la estancia en una unidad de vida en la que se podía permanecer todo el día. Arriba, la alta y negra campana está solo revestida por el hollín de siglos,

sin que conste cuándo fue la última vez que se intentó rascar. El hogar atesora, sin duda, la esencia y el carácter inmutable de esta casa grande y difusa que ha ido creciendo a su alrededor. En él, literalmente dentro de él, resulta imposible apartar la vista hipnotizada de las llamas y brasas que acaban por obsesionar a quienes se sientan en las *cadieras* envueltos por el aturdimiento y por la ceniza. Es ahí, atraído por el fuego destellante, donde resulta más plausible convivir con aquellos abuelos o antepasados más remotos que por desgracia no se trataron, pero que tan bien se acaban conociendo, y fue también ahí donde las meriendas de pan con vino y azúcar, maravillosa y particular combinación muy apreciada en la casa, daban rienda suelta a los más dispares sueños. Otras veces era la voz de Viturián, el recio y querido mediero, la que llenaba la estancia con sus pausados y sensatos comentarios, mientras la ceniza le iba cubriendo sin perturbarle lo más mínimo.

Cerca del hogar, en la misma media planta está el *comedoré*, que así se llamaba al comedor de diario, y la galería orientada al sur, siguiendo el sentido de las aguas descendentes del Cinca, cuya vega se divisa, aunque durante muchos años, desde la Guerra Civil, la fantasmal fachada de la ruina de una vieja fábrica ocultase buena parte de la actual vista. También desde la galería se domina el viejo corral que dejó de serlo, cerrado por una alta puerta falsa con doble hoja de madera muy envejecida por demasiados lustros a la intemperie. También desde la galería, otra menor nos conduce a una peculiar concesión a la modernidad, llamado *el ente* por coincidir su construcción con la del incipiente Estado de las Autonomías a que dio pie la transición democrática de finales de los años setenta. Se hablaba entonces de *los entes autonómicos*, curioso término que antecedió al no menos pintoresco de *comunidad autónoma*, siendo bautizada familiarmente también como *el ente* aquella casa-apartamento que se ubicó en lo que eran graneros, gozando, efectivamente, de una clara y notoria autonomía respecto a la casa principal.

Arriba, en la segunda planta, el comedor principal permite sentar a más de una veintena de comensales que se disponen junto a un gigantesco cuadro atribuido a Barbasán que representa a Cuacos de Yuste. El desnivel de la casa, que siempre presenta sus credenciales, hace que convenga sentar a los comensales de menos altura en el lado más cercano al cuadro y a los balcones para compensar el ligero desnivel de la habitación y, en la medida de lo posible, las diferentes medidas de los reunidos.

El salón que sigue al comedor acoge a quien realmente tiene el mando de la casa: san Blas. Este santo y obispo, celebrado y venerado desde hace más de un siglo, es el patrón de la casa. San Blas preside el salón y, en definitiva, la casa mediante su talla dentro de una hornacina de madera y cristal. El mismo santo, por supuesto, ocupa ahora el altar que la casa tiene en la iglesia, al que está dedicado. Antes bajaba desde la casa para celebrar su día. San Blas se ha ido adueñando de la casa mediante su firme y permanente presencia. Es un protagonista de excepción que alcanza su punto álgido cuando cada 3 de febrero se abre a propósito la casa para celebrar a su patrón.

Ese día comienza con una misa en la que la figura del santo mira de frente a la primera fila de la iglesia ocupada por los hombres de la casa y sus invitados. En el altar familiar se instalan las mujeres, y en los bancos las mujeres del pueblo tienen a su lado bolsas con comida para ser bendecida. En la misa se pide por los de la casa y sus difuntos, y al finalizar pasa todo el mundo por delante del santo expuesto para recoger un trozo de torta o una pasta bendecida. Después, ya en la casa y alrededor de san Blas, se procede a otra bendición de alimentos por los mismos celebrantes de la misa, rezándose un padrenuestro y un avemaría para acto seguido sentarse en la mesa siempre con el mismo menú: huevos rellenos y ternasco, que se presenta de cuerpo entero en una bandeja de latón. Así, año tras año, siempre con idéntico ritual, se homenajea al auténtico señor de la casa, que también lo es de las gargantas.

Ese día la casa muestra con fuerza el gesto permanente de acogida que siempre le ha caracterizado. La puerta siempre ha estado abierta, no solo en metáfora, sino físicamente, para quien quisiera atravesarla. Igual era que fuese para un rato, para días o para casi una vida. La puerta, en efecto, jamás se cierra durante el día, lo que produce una curiosa sensación de alegre seguridad; pero tampoco se cierra para acoger a todas aquellas personas que por uno u otro motivo necesitaran del amparo de la casa. Esta casa tiene más sentido cuanto más gente desfile por ella, y antes, no mucho antes, su mayor sentido era amparar y dar cobijo gracias a la autosuficiencia que suponía estar ante una unidad económica. Se producía cuanto se necesitaba para el normal desarrollo de una vida que, claro está, debía ser necesariamente austera. La hospitalidad en estas casas grandes ha sido un elemento consustancial, ejercido con total naturalidad. Precisamente por ser grandes, su destino inevitable y aceptado de buen grado era acoger.

Frente al santo, en el salón, está el intocable e intocado cuadro de *La niña muerta*, otro peculiar símbolo de la casa que ha causado más de un sobresalto a sus visitantes más asustadizos. El cuerpo yacente y envuelto en ricas vestimentas de una niña de unos cuatro años, pintado con indudable realismo, contribuye a sumergir la casa en ese aire tétrico tan propio de la casona aragonesa, pero, según siempre se ha contado, jamás debe ser retirado tal retrato, colgado en su día para el doloroso homenaje a la precoz difunta. La sombra de un cierto temor a malos presagios en el caso de que la niña muerta fuera desalojada de su pared ha hecho que, por si acaso, nadie intentara hacerlo.

La sala es buen exponente de esta casa religiosa y clerical, y aún más lo era cuando tenía el vía crucis colgado de sus paredes para acoger el rezo diario del rosario, al que se sumaban todas las mujeres de la casa y quizás algún hombre. O a lo mejor se producía alguna separación, como la que me contaba Pío Caro en el amplio comedor de la casa Baroja de Vera de Bidasoa, cuando, señalando hacia los salones contiguos decía: “Allí fuera estaban cada tarde las mujeres de la casa rezando eternos rosarios, mientras aquí los hombres se dedicaban a escribir sin piedad contra los curas”.

Por si fuera poco, uno de los cuartos que comunica con la sala es el “cuarto del obispo”, por ser este el destinado a alojarlo cuando hacía sus visitas pastorales a la zona. Aún en tiempos bien recientes ha acudido el obispo a celebrar la misa del día de san Blas y ha bendecido la casa, a los ocupantes y a los alimentos desde enfrente de la puerta de este cuarto, justo al lado de la hornacina del santo.

Otra media planta, escaleras arriba, alberga otra zona modernizada que rodea la campana de la chimenea, que sigue su ascensión hasta el capuchón cónico exterior, y la siguiente ya es el piso bajo cubierta o desván. Sin embargo la escalera prosigue su recorrido hasta morir en la puerta de una pequeña terraza, punto más alto del conjunto, que nos sitúa a parecida altura del campanario de la iglesia, y desde donde mejor se aprecia el juego de formas y desniveles que la casa tiene. De abajo arriba, en una primera impresión, la casa no es fácil de comprender por sus excesivas puertas, escalones y vericuetos. En cuanto es vivida, aunque sea someramente, la situación se aclara con rapidez y se entiende su simplicidad. Basta estar el suficiente tiempo, que aquí transcurre con exagerada lentitud, para comprobar cómo es la casa la que determina la forma de vida en ella y que las personas acaban deslizándose entre sus paredes haciendo seguramente las mismas cosas que siempre se hicieron y, lo que es más importante, también al mismo ritmo. No hay criterio científico que pueda combatir el hecho cierto de que un día transcurrido entre la casa y, todo lo más, el campo o el pueblo, no tiene veinticuatro horas, sino muchísimas más. De ninguna otra manera podría explicarse la diferencia con la brevedad de ese agobiado, tenso y muchas veces carente de sentido día urbano. Esa diferencia, normal entre uno y otro medio, se acrecienta cuando se deja que estas casas impongan su ley, para lo cual es de todo punto recomendable no introducir en ellas a los no aptos, a quienes les pueda irritar un día entero que se hace largo por ser largos los silencios y serenas las conversaciones. Seguramente el día dure aquí demasiado para quien sea una pesada carga aguantarse mucho rato a sí mismo.

Enrique Peña, notario y hablador, lo resumía a las puertas de su casa, casa Belsa de Fuentespalda, seguramente la mejor del Matarraña turolense: “Una persona con cierta edad y algo de cabeza no puede estar haciendo el botarate por los sitios de moda pudiendo estar aquí”, decía señalando hacia la enorme fachada de piedra que tenía a su espalda.

Estas casas, si uno se presta, imprimen carácter, y una difusa sensación de pertenencia a ellas te acompaña para siempre, sea cual sea la intensidad de la relación que se mantenga. Hay un hilo invisible, pero muy largo y firme, que te une a la casona y que hace que de vez en cuando te acuerdes de ella en los sitios más diversos y lejanos donde te puedas encontrar. Es entonces, seguramente inmerso en un ambiente caótico, cuando el pensamiento te presenta el anhelo de vida pausada, individual y serena que transcurre perezosamente entre aquellas viejas y silenciosas paredes. Es entonces también cuando mejor se entiende y comparte un dicho que siempre se ha



Casa Reimat. Fachada posterior.

repetido en la casa, atribuido a quien al ser preguntado por el secreto para alcanzar tanta edad como ya tenía, recomendó:

Vida honrada y moderada,
usar de pocos remedios,
y poner todos los medios
en no preocuparse por nada.

Ha sido esta vida honrada y moderada la que ha ido formando con lentitud y con la adustez tan propia de Aragón una casa sentida y querida por muchas generaciones de gente que sabían quiénes eran y dónde estaban y que hicieron de la sensatez sin interrupción una fórmula para la larga vida de una familia y de una casa que, en realidad, eran exactamente la misma cosa.